

LA UNIDAD PATRIMONIAL DEL SITIO ARQUEOLÓGICO DE ANTEQUERA

José Ramón Menéndez de Lúcar Navia Osorio, Arquitecto

EL ARTÍCULO TRATA DE LA COMPLEJA SÍNTESIS DE NATURALEZA Y CULTURA QUE HA CONFIGURADO EL ENTORNO DE LA CIUDAD DE ANTEQUERA EN LA HISTORIA. INTERPRETAR EL TERRITORIO COMO UN PROYECTO HISTÓRICO ABIERTO, UN INSTRUMENTO QUE PERMITA LA TOMA DE DECISIONES ANTE LAS OPORTUNIDADES ACTUALES. EL MEGALITISMO REPRESENTA UN PAPEL FUNDAMENTAL EN CUANTO INICIADOR DEL PROCESO DE CONSTRUCCIÓN TERRITORIAL. TRAS LA IDENTIFICACIÓN DEL PAPEL DE LOS PRINCIPALES HITOS MEGALÍTICOS, SE REVISAN LAS TRANSFORMACIONES TERRITORIALES EN LAS CULTURAS DEL BRONCE E IBÉRICA, HASTA LA ESTRUCTURACIÓN AGRARIA, URBANA Y DE LAS COMUNICACIONES, ALCANZADA POR LA ROMANIZACIÓN. DURANTE EL PERIODO ISLÁMICO SE ASISTE A UN INTENSO DESARROLLO AGRARIO MEDIANTE EL REGADÍO. LA RECONQUISTA CRISTIANA, A CAUSA DEL TOTAL VACIAMIENTO DE LA POBLACIÓN ANTERIOR, PROVOCA UNA RUPTURA CON LA TRADICIÓN Y UNA READAPTACIÓN TERRITORIAL MEDIANTE LOS SUCESIVOS REPARTIMIENTOS. EL GRADO DE DESARROLLO DE LA EDAD MODERNA SE MANIFIESTA EN LA CIUDAD BARROCA. LOS COMIENZOS DE LA INDUSTRIALIZACIÓN CONTINÚAN LA TRADICIÓN DEL ARTESANADO EN EL RAMO DEL TEJIDO Y EL USO DE LOS ARTIFICIOS HIDRÁULICOS. EN LA ACTUALIDAD, EL TERRITORIO DE ANTEQUERA ES UN ACTIVO CENTRO DE NUEVAS REDES DE COMUNICACIONES. EL DINAMISMO RESULTANTE HA DE COMPATIBILIZARSE CON LOS VALORES NATURALES Y CULTURALES DE ESPECIAL RELEVANCIA.

THE HERITAGE UNIT OF THE ANTEQUERA ARCHAEOLOGICAL SITE

THIS ARTICLE EXAMINES THE COMPLEX SYNTHESIS OF NATURE AND CULTURE THAT HAS SHAPED THE ENVIRONMENT OF ANTEQUERA CITY THROUGHOUT HISTORY. IT INTERPRETS THE AREA AS A CONTINUING HISTORICAL PROJECT, ONE THAT ILLUSTRATES DECISION MAKING WHEN FACED WITH A SERIES OF OPPORTUNITIES. MEGALITHS FOUND THERE AND ELSEWHERE WERE IMPORTANT TO THE DEVELOPMENT OF CONSTRUCTION PLANNING AND THE ROLE OF EXEMPLAR LANDMARKS IS IDENTIFIED. A HISTORICAL REVIEW THEN CONSIDERS: THE TERRITORIAL TRANSFORMATIONS IN THE BRONZE AGE AND IBERIAN CULTURES AND THE FINAL AGRARIAN, URBAN AND COMMUNICATION STRUCTURES ACHIEVED BY THE ROMANS; THE INTENSE AGRICULTURAL GROWTH ACHIEVED DURING THE LONG ISLAMIC PERIOD THROUGH THE DEVELOPMENT OF IRRIGATION TECHNIQUES; THE CHANGES IN TRADITIONS AND REGIONAL ADAPTION THAT RESULTED FROM SUCCESSIVE DISTRIBUTIONS OF LAND AND PROPERTY AS THE CHRISTIAN RECONQUEST DISPLACED WHOLE POPULATIONS; THE DEGREE OF DEVELOPMENT REACHED IN THE EARLY MODERN AGE AS MANIFESTED IN THE BRILLIANCE OF THE BAROQUE CITY; AND THE CONSERVATION OF TRADITIONAL TEXTILE CRAFTS AND HYDRAULIC DEVICES AT THE START OF INDUSTRIALIZATION. TODAY, THE ANTEQUERA REGION HAS BECOME AN ACTIVE CENTRE FOR NEW COMMUNICATIONS NETWORKS AND THE RESULTING DYNAMISM HAS TO BE MADE COMPATIBLE WITH THE PRESERVATION OF CULTURAL VALUES OF SPECIAL SIGNIFICANCE.

Introducción: la prehistoria del territorio

Es de sobra conocido que la depresión de Antequera constituye un singular enclave natural, tanto por su riqueza agraria y su atractivo paisajístico como, especialmente, por su condición de nudo natural de comunicaciones entre el valle del Guadalquivir y el Mediterráneo. Estas excepcionales aptitudes naturales para el asentamiento humano han fomentado su intensa ocupación desde la más remota antigüedad, pero será con la introducción de la cultura megalítica cuando se inicie la configuración humana del medio.

En lo que sigue, al enfrentarnos con la descripción del fenómeno megalítico, procederemos a semejanza del mito platónico de la caverna: dejaremos para los especialistas el cometido de desentrañar las sombras y signos que se reflejan en el fondo de la caverna del dolmen para darnos la vuelta y asomarnos al paisaje que se abre a la boca de la cueva. Como en el mito, tras un periodo de ceguera ocasionado por la inadaptación a la brillantez exterior, debemos ser capaces de ir descifrando las características del paisaje real que se abre ante nosotros (imagen 1). En ese proceso de adaptación, la amplitud espacial que produce la apertura del campo de visión debe hacernos conscientes de la profundidad temporal que subyace en la construcción de ese espacio.

En la elección de tal punto de vista queremos resaltar aquí la importancia que reviste el carácter inaugural del megalitismo, su importancia como base que fundamenta la construcción territorial del lugar, del sitio, a lo largo del proceso de desarrollo histórico. Así, al establecer los fundamentos de la interpretación y señalización del espacio, sienta un sistema de criterios que se mantendrán en el desarrollo histórico sucesivo. Se inicia entonces el aprovechamiento agrario de la llanura de la Vega, convertida en objeto de respeto, lo que induce a desplazar la distribución de los asentamientos hacia el contorno colinar que la rodea. También se establece el papel protagonista de la Peña de los Enamorados como gran hito vertical de referencia sobre la planicie de la llanura lagunar.

Otro rasgo característico del periodo es la señalización de los lugares de paso entre las grandes unidades geográficas: la puerta entre la depresión de Antequera y la de Archidona, controlada por la Peña de los Enamorados, que recibe el significativo nombre de Las Angosturas; la puerta de comunicación entre la sierra de El Torcal y la Vega a través del río de la Villa; por último, aunque con menor entidad, los cerros de El Perezón y de Herrera flanquean el paso hacia el norte desde el ruedo de Antequera hacia el valle central del Guadalquivir.

Estas puertas entre espacios diversos se señalan con monumentos funerarios que ritualizan el paso espacial con una referencia al tránsito temporal por excelencia, el que se verifica entre dos mundos. Así Menga y Viera ocupan la puerta a la Vega desde la Sierra por el cauce del río de la Villa, mientras que la Peña, que preside el paso de Las Angosturas, recoge diversas muestras del arte megalítico. Ambos emplazamientos mantendrán a partir de entonces ese carácter de necrópolis, con importantes manifestaciones de época romana que continúan en época medieval y moderna, hasta llegar a la actualidad con el bello cementerio decimonónico de Antequera, inmediato a los dólmenes.

En proximidad a los espacios rituales, se distribuyen también importantes asentamientos de población, con significativos núcleos en los tres polos señalados: colina de Marimacho, inmediata a los dólmenes, Peña de los Enamorados y colina de El Perezón, esta última de grandes dimensiones. Junto con estos poblados mayores, aparece un rosario de pequeños asentamientos en las colinas que los unen a lo largo del perímetro de la Vega. Los tres polos mencionados se unen por tres rutas de gran importancia: el eje que conecta Málaga y el Mediterráneo con el valle del Guadalquivir, el que une la Bahía de Cádiz con la vega de Granada, y el que une las vegas de Antequera y Archidona.

La estructuración romana del territorio

El papel de las rutas de intercambio se acrecienta en la época del Bronce, con la intensificación de los flujos comerciales. Aparece

una sociedad más jerarquizada en la que comienzan a primar los aspectos bélicos. La Peña de los Enamorados se convierte entonces en un importante centro, con otros núcleos menores en las colinas de Antequera y El Castillón, futuras sedes de sendas ciudades romanas. La misma intensidad ocupacional persiste en la cultura ibérica favorecida por la presencia de minas de hierro, como revelan las torres en torno a la mina situada en las colinas que dominan el paso de Las Angosturas.

Pero será en época romana cuando la estructuración territorial de la vega de Antequera adquiera el pleno desarrollo de sus potencialidades. Su carácter de nudo viario queda reflejado en el *Itinerario de Antonino* y la *Cosmografía de Ravena*, en donde aparece como centro de una radiación de comunicaciones con los grandes centros del entorno: Corduba, Astigi (Écija), Hispalis (Sevilla) y Malaca. Aparte de esas calzadas principales se produce una radiación de otras menores: hasta cuatro hacia Málaga, otras hacia Granada y Cádiz, así como vías intermedias sobre las que se formaron las modernas carreteras hacia Alameda y La Algaida.

Esa facilidad de comunicaciones, junto con su riqueza agraria y minera, da lugar a un poblamiento extraordinariamente denso. Pero se trata de un poblamiento muy singular, caracterizado por una multiplicidad de focalizaciones urbanas que, siguiendo la tradición de los asentamientos anteriores, ocupan las colinas que rodean la Vega y el área del piedemonte de la Sierra, a lo largo de las principales vías de comunicación. Los núcleos más importantes corresponden a la peculiar organización dúplice de las ciudades vecinas de Singilia Barba y Antikaria que dominan la Vega. Por cierto, en la denominación Antikaria se ha querido ver una referencia local a la antigüedad de los monumentos megalíticos que señalaban el lugar, aunque hoy se considera que pudiera tratarse de un hidrónimo de origen ibérico relacionado con el vecino río de la Villa.

La serie de núcleos urbanos se completaron con villas rústicas a lo largo de la radiación de caminos que recorren la llanura. La

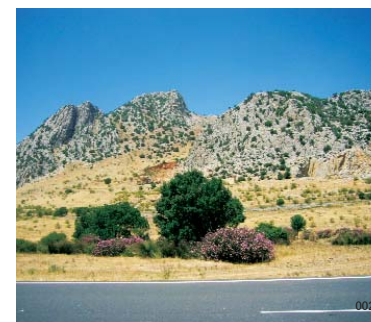
excepcional proliferación y magnitud de estas explotaciones revela el desarrollo agrario alcanzado en este período por la vega antequerana. La riqueza de estas villas parece incrementarse con la decadencia urbana experimentada al final del imperio, cuando se asiste a una progresiva concentración de la propiedad agraria.

El desarrollo agrario se corresponde con una elaborada organización catastral y una densa red de regadío. La abundancia de albercas y ninfeos, que aparecen en las villas excavadas, evidencia un abundante suministro de agua; todo ello, unido a su posición en los puntos de engarce de la red hidráulica con la de caminos, de donde parten las acequias actuales, hace pensar para éstas en un origen romano a través de la mediación árabe. La posición de cada villa parece estar así relacionada con el área servida por cada acequia, que queda libre de edificación.

En cuanto al reparto catastral, la regularidad en el trazado de ciertos tramos de caminos y acequias, junto la distribución ortogonal que muestra el parcelario actual, heredero de los repartimientos del siglo XV, hacen pensar en que tengan su remoto origen en unas previas centuriaciones romanas, con un origen dúplice en los dos núcleos urbanos principales que dominan la Vega: Singilia Barba y Antikaria.

El territorio medieval

Poco sabemos de la historia de Antequera en época visigótica y omeya. Se ha supuesto que su marginación en esta última época tuviera que ver con la sublevación muladí con sede en la vecina Bobastro. Tras la caída del Califato el lugar adquiere un carácter militar de puesto fronterizo entre los reinos de Sevilla y Granada, lo que vuelve a frenar su expansión. La debilidad urbana de la época agrava la decadencia experimentada al fin del imperio. De Singilia Barba, el mayor de los núcleos urbanos de la Vega, no vuelve a tenerse noticia hasta llegar a su final extinción, mientras Antikaria, renombrada como Antakira, permanece de forma disminuida como puesto fortificado en las contiendas fronterizas,

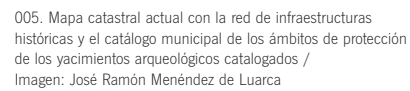


001. El corredor del Dolmen de Menga se abre hacia la Peña de los Enamorados / Imagen: José Ramón Menéndez de Lúcar

002. La Peña de los Enamorados controla el paso de Las Angosturas entre las vegas de Antequera y Archidona, un acceso de gran trascendencia histórica / Imagen: José Ramón Menéndez de Lúcar



004. Ninfeo de una antigua villa romana en Antequera /
Fuente: Conjunto Arqueológico Dólmenes de Antequera





quizás debido a sus mejores condiciones defensivas. Como en la época tardorromana, la decadencia urbana no afecta a una intensa población rural culturalmente desarrollada, como revela la importante mezquita sobre la que se edificó el cortijo de ese nombre y que sirvió como hito que señala el trifinio oeste de la demarcación municipal cristiana.

Desde la segunda mitad del siglo XIII, la expulsión de los moriscos, tras la reconquista del valle del Guadalquivir, produce una intensificación de la población del reino granadino y, en concreto, de Antequera. Del siglo XIV tenemos una primera descripción de Antequera por parte del visir granadino Ibn al Jatib: “sitio de prosperidad, de sembrados y de rebaños, y de abundantes alimentos y de numerosa población, cuyas espaciosas campiñas en toda clase de plantíos y pastos se veían regados por muchos arroyos y largas acequias... y así no había tierra que la superase en los dones de la agricultura, como tampoco en la abundancia de su sal” (PAREJO, 1987). En esta descripción, dentro de la exageración propia del tono laudatorio, aparecen los principales recursos del lugar, una población floreciente basada en una próspera agricultura, sostenida por la amplitud de la Vega, bien irrigada por la distribución de los arroyos afluentes del Guadalhorce y completada por



006. Acequia en torno a la antigua calzada Antequera-Córdoba / Imagen: José Ramón Menéndez de Lúcar

007. La vega de Antequera refleja la complejidad de la organización catastral tras una conformación histórica / Imagen: José Ramón Menéndez de Lúcar

una amplia red de acequias. Como elementos complementarios se describe una activa ganadería dotada de abundantes pastos y la riqueza salinera de la laguna de Fuente de Piedra. Por las noticias de las acciones bélicas sabemos también de la existencia de sembrados de cereal, viñedo, huertos y frutales.

Las noticias históricas nos permiten reconstruir un paisaje presidido por una densa ciudad fortificada de pequeñas casas apiñadas en callejuelas tortuosas con pasadizos. La fortificación cuenta con tres puertas de las que parten los caminos, herederos de las antiguas calzadas romanas, hacia las principales ciudades: de la puerta meridional o de Málaga partía el arrecife (calzada) hacia esa ciudad, con tres variantes principales, correspondientes a los tres pasos de la Sierra; de la puerta este, llamada de la Estrella, y después de la Bastida, partía el camino de Archidona y Granada que pasaba por los dólmenes de Viera y Menga; finalmente, de la puerta norte, llamada después de la Villa, irradiaban los caminos hacia Écija y Córdoba siguiendo las calzadas descritas en *el Itinerario de Antonino*. En torno a la ciudad, se distribuye un ruedo de huertas de regadío jalonado con almunias y alquerías que parecen superponerse sobre las precedentes villas romanas.

008. El Puente de Lucena construido como alternativa a la arruinada Puente vieja de origen romano / Imagen: José Ramón Menéndez de Lurca

009. El uso del agua en una acequia de los Riegos Viejos continúa una costumbre enmarcada en la tradición islámica / Imagen: José Ramón Menéndez de Lurca



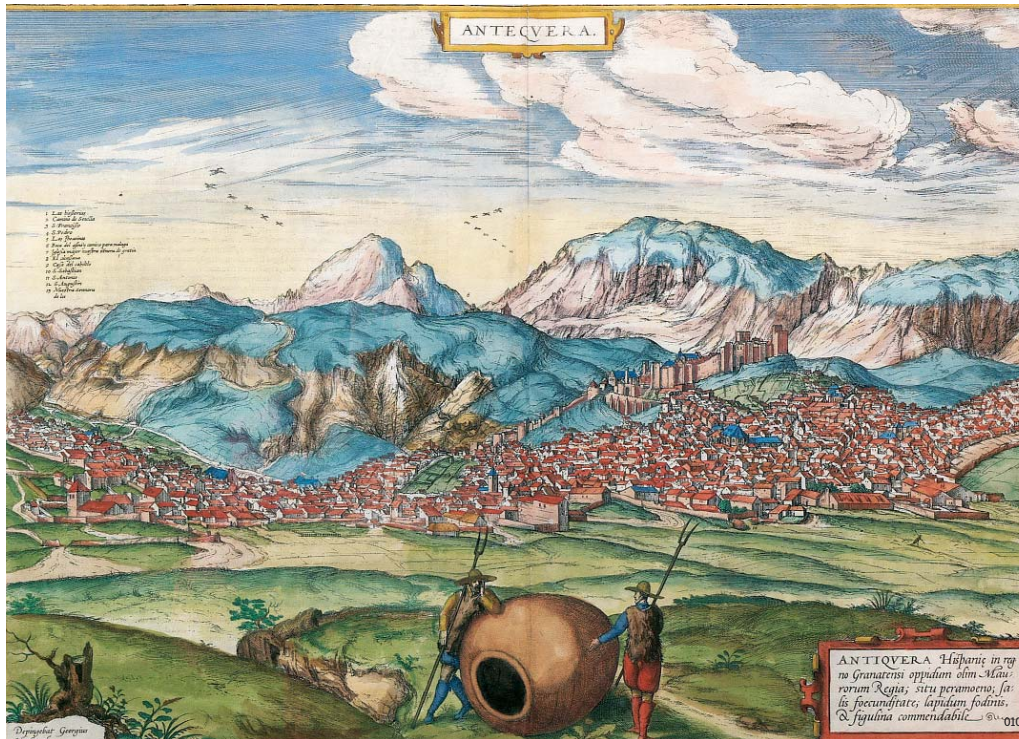
El resto del territorio se organiza al modo andalusí, como una dispersión de alquerías presidido en los puntos culminantes por torres *-borj-* y castillos *-hisn-* que sirven como hitos de referencia. Es un paisaje que acentúa su carácter fortificado al adquirir Antequera su posición de plaza fronteriza del reino granadino. Algunos de dichos castillos, que ocupan posiciones estratégicas en los pasos fronterizos, nos son conocidos por las crónicas de la conquista (como es el de Aznalmara, en el camino a Álora por el puerto de Las Orejas de Mula, o el de Jebar, en el de Málaga por la Escaleruela) o por otras referencias documentales, como es el caso de la Torre de Borja el Granadino, la del Cuchillo o la de Hacho; en otros casos conocemos de su existencia por la proliferación de los topónimos referentes a torres y torrecillas.

Conquista y repartimiento

La conquista de Antequera por las huestes castellanas en 1410, y la consiguiente capitulación de sus defensores, provoca que, antes de entrar los nuevos ocupantes, salgan en dirección a Granada, donde conformarán el barrio de La Antequeruela, con la totalidad de sus anteriores habitantes y compuesta por 2 528 per-

sonas. Se produce así la brusca ruptura de una milenaria tradición, lo que imposibilita cualquier tipo de transmisión cultural. De esta forma, el paisaje del ruedo antequerano, pormenorizadamente elaborado durante milenios, pasa a manos de unos nuevos ocupantes que desconocen gran parte de sus claves interpretativas. Dentro de la distinción que tradicionalmente se establece para el periodo de la reconquista entre especialización agraria islámica y ganadera cristiana, una distinción que debe ser matizada a la luz de los conocimientos sobre la comunidad de pastos existente en el conjunto del reino granadino, a una población de hortelanos islámicos sucede otra de ganaderos cristianos, que deben readaptar tanto el paisaje rural como la estructura urbana y doméstica a sus necesidades o bien modificar su modo de vida para acomodarse a las exigencias de su nuevo territorio.

Lo radical de la ruptura cultural se percibe en una microtoponimia de nueva creación, en la que no aparece referencia ni al idioma árabe de sus antiguos habitantes, ni pervivencia alguna de la antigüedad. Una ruptura que contrasta con la pervivencia que se manifiesta en la toponimia mayor, donde reviste gran importancia el sustrato ibérico. Los nuevos habitantes deben dar nombre a los elementos del paisaje que descubren de

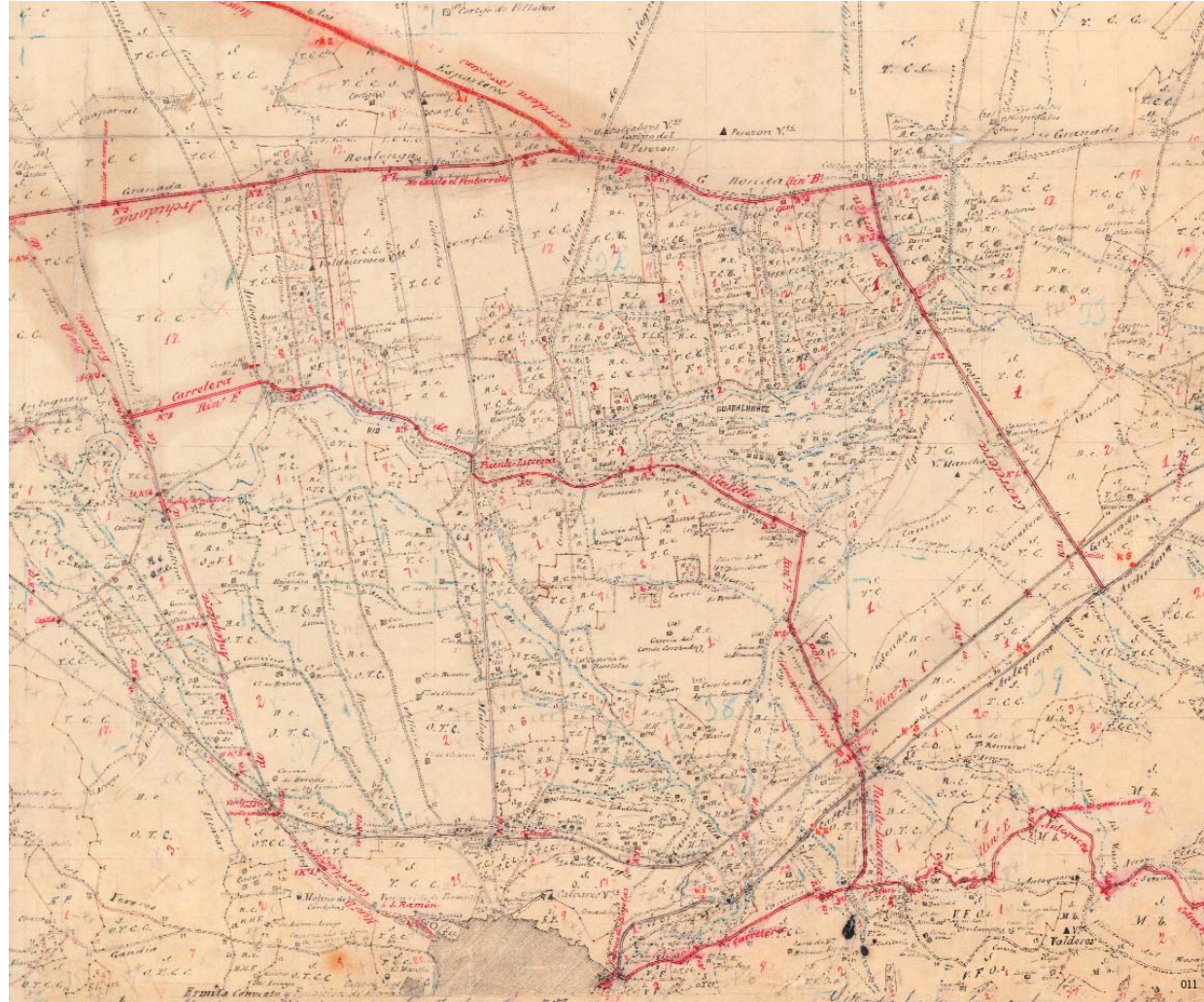


010. Vista de Antequera de Georges Hoefnagle. Grabado coloreado publicado en 1575 en la obra *Civitates Orbis Terrarum* de Georg Braun y Frans Hogenberg / Fuente: Colección particular

011. Planimetría del término municipal de Antequera de finales del siglo XIX (hacia 1870), con las rondas de circunvalación trazadas por las viejas cañadas o realengas para evitar atravesar la Vega. Trabajos topográficos del Ayuntamiento de Antequera, escala 1 : 25.000 / Fuente: Información geográfica del Instituto Geográfico Nacional

nuevo, de un modo semejante a como en el *Génesis* Adán procede a dar nombre a los seres de la creación que descubre por vez primera. Esta dramática confrontación entre sociedad y territorio, tan característico de gran parte de la reconquista andaluza, y que requerirá un largo proceso de integración, tiene un alcance aún más profundo que el experimentado en tantas colonizaciones, donde la convivencia de ocupantes y ocupados conduce a una cierta continuidad cultural, perceptible en la permanencia de las huellas toponímicas.

Los sucesivos repartimientos que se suceden a lo largo del siglo XV, a partir del inicial tras la conquista, nos ilustran del modo en que se realiza la acomodación del paisaje heredado a la nueva sociedad. El elemento básico en todo reparto es la asignación parcelaria, por la que se distribuyen piezas del territorio de acuerdo con los criterios de organización social. Dado que se trata de una sociedad fuertemente jerarquizada, los repartos no pueden ser igualitarios, al modo de las centurias de la previa colonización romana. Como se afirma en los documentos, se trata de asignar



“a cada uno según su estado” (ALIJO, 1983), un estado que se divide en dos grandes grupos organizados de acuerdo a las necesidades bélicas: caballerías y peonías, pero donde sigue manteniendo un importante predicamento la propiedad pública. El proceso de jerarquización, por el que los poderosos van concentrando la propiedad por absorción de los propietarios menores y de los bienes comunales, se incrementará en los siglos sucesivos, a pesar de las reglamentaciones estatales de signo contrario (MATA, 1977).

El Repartimiento viene también fuertemente condicionado por la organización catastral previa y por la configuración topográfica. El entorno inmediato de la ciudad, en la suave depresión comprendida entre el recinto de la alcazaba amurallada y el cerro de la Cruz hacia el norte, entonces denominado de Biscorao, o del Infante, se asigna a la denominación de ejido -salida y lugar de recogida de los ganados de la ciudad-; un ejido que se convertirá, hasta fechas muy recientes, en el espacio de reserva para la expansión urbana. El Cerro actúa como cierre septentrional del ámbito urbano, de forma que por sus dos flancos penetran los principales caminos que comunican con el interior de Andalucía y conforman los troncos de irradiación de acceso al ruedo agrario de la ciudad. En el flanco oriental los dólmenes de Menga y Viera formalizan la puerta de entrada, mientras que en el occidental realiza esa función el lugar de las ruinas de la villa romana de La Estación.

Más allá del cerro de la Cruz se extiende el espacio de perfecta planicie del ruedo agrario irrigado por los llamados Riegos Viejos, un espacio presidido simbólicamente por la irrupción vertical de la Peña de los Enamorados. El espacio minifundista de huertas obliga a mantener la estructura de pequeños lotes en el Repartimiento, lotes que se reparten entre los propietarios menores y los representantes nobiliarios y eclesiásticos tal como se observa aún hoy en el nombre de las caserías que lo ocupan: Recoletos, de la Condesa, etcétera.

Debido a la falta de accidentes geográficos, el reparto del ruedo, al organizar el territorio en partidos que aún perduran, sitúa las parcelas por relación a los vecinos o a elementos de infraestruc-

tura, tales como acequias y caminos. La ortogonalidad del parcelario parece mantener un orden precedente, en el que la geometría sustituye a la ausencia de referencias topográficas. No obstante, la falta de rigor geométrico y de modulación hace improbable su derivación directa de una previa centuriación romana. Fuera del ruedo los cortijos corresponden a un paisaje de gran propiedad, donde el terreno más accidentado permite establecer los límites en función de los rasgos naturales del paisaje o de los restos de actuaciones humanas anteriores (torres, caminos, etc.).

El carácter fundamentalmente ganadero de los nuevos ocupantes hizo necesario un intenso trabajo de adaptación del paisaje agrario heredado a las nuevas necesidades. Si la agricultura se caracteriza por la fijeza espacial en la explotación del territorio, como algo propio del reino vegetal, así como por el predominio de la actividad privada y determinada por la fragmentación catastral, la ganadería de grandes rebaños de ovinos requiere un fuerte dinamismo, propio de la especificidad animal y una gestión comunitaria para mover los animales por el territorio. Dicho dinamismo comprendía movimientos de pequeña escala y corta frecuencia, como eran los dirigidos hacia las fuentes y abrevaderos, o hacia el entorno, ejido, de la ciudad, y otros de más largo alcance, como los relativos a las relaciones entre la Sierra y la Vega, motivados por el cambio de las estaciones.

El carácter comunal se refleja en el establecimiento de amplios pastizales en forma de dehesas para la época estival, y en la costumbre de la derrota de las mieses, por la que todo el espacio agrario se convertía en invierno en un pastizal común, una vez levantadas las cosechas hasta la próxima sementera. Para compatibilizar la creación del espacio comunal de las dehesas con la fragmentación anterior se aprovechó la oportunidad que ofrecían los asentamientos despoblados de antiguo, como eran el entorno de Singilia Barba, el de la Peña de los Enamorados y el de la sierra del Codo, que constituyeron las tres principales dehesas.

El movimiento estacional de los rebaños requería una amplia red de vías pecuarias, jalonadas por los ensanchamientos en los pun-



012. Interior de la Iglesia del Carmen. El esplendor del barroco antequerano refleja el desarrollo adquirido por la vega de Antequera / Fuente: Málaga. Diputación. Biblioteca Cánovas del Castillo. Legado Temboury

013. Fábrica de tejidos y torre islámica durante el siglo XIX / Fuente: Málaga. Diputación. Biblioteca Cánovas del Castillo. Legado Temboury

014. Imagen aérea del Partido de Serrato /
Imagen: José Ramón Menéndez de Lurca



tos de obligada detención en el recorrido: los abrevaderos y descansaderos y los vados naturales de cruce del río Guadalhorce que por su trayectoria este-oeste se interpone en los movimientos norte-sur entre la sierra y los llanos. Es de señalar que el único puente que se mantenía en pie debía ser el llamado de la Puente Vieja sobre el antiguo camino de Córdoba, que pronto se sustituiría por el de Lucena, nuevamente construido sobre una variante del antiguo camino.

En cuanto a la disposición viaria, se aprovecha el trazado de los antiguos caminos heredados de la red romana de calzadas, que mantenían un aceptable estado de conservación, como se dice en un documento de 1495 referente a “reparar los caminos reales e antiguos” que “son caminos antiguos, e tales que por ellos an continuado e continúan a andar muchos caminantes de los que entran e salen de todas las cibdades e villas e logares de la comarca e otras partes, e son caminos do pueden ir carretas” (MORENO, 1996).

En un principio dichos caminos presentaban un fuerte carácter radial, especialmente en la mitad norte correspondiente a la Vega, que la configuraban con el carácter de ruedo, con lo cual el ejido de la ciudad adquiriría un papel de centralidad, como distribuidor de los recorridos. Sin embargo, pronto se asiste a una paulatina transformación de la organización radial en otra periférica de circunvalación. Dos razones explican el cambio: en primer lugar, por un paulatino debilitamiento del papel del ejido, al ir siendo ocupado por la expansión urbana hacia la zona baja, cuando el establecimiento de la paz permite abandonar la altura de la alcazaba; pero, fundamentalmente, debido a una política de protección del área agraria del ruedo, para lo cual se deriva el tránsito del ganado por su perímetro exterior.

Se crean así dos circunvalaciones concéntricas, la más alejada se apoya en una ruta este-oeste correspondiente a la realenga, cañada real, de ronda a Granada, y en dos vías norte-sur, la más al oeste es la que dirige de Molina al Valle de Abdalajís y Málaga, con probable reutilización de una calzada originada en Singilia

Barba, y la más oriental, la realenga, de Cuevas Bajas a Málaga por Villanueva de Cauche, que también une antiguos asentamientos romanos. La ronda interior usa el camino realengo que discurre por el margen izquierdo del Guadalhorce del que parten dos ramas norte-sur a ambos lados de la ciudad: una discurre junto al Tholos de El Romeral, con el nombre de realenga de Málaga, y la otra sigue el trazado de la antigua calzada de Estepa y Écija hacia el norte y el Cordel de Antequera a Málaga hacia el sur. De la creación de esta última, evitando el atravesamiento del ejido en proceso de urbanización, tenemos noticias por un documento de 1517 en el que cita la creación de “una vereda desde el camino de La Alvarisa hasta el camino del Hacho para que pasen los ganados de la Sierra a la Vega y de la Vega a la Sierra por que non ay por do pasen” (MORENO, 1996).

Por lo que respecta a la explotación agraria del ruedo, las infraestructuras más señaladas son las de las acequias de riego. Su ocasional mención en las delimitaciones del Repartimiento, en concreto de las tres Alta, Baja y de Enmedio, que irrigan el espacio más inmediato entre el río de la Villa, y el cerro de la Cruz, así como la temprana proclamación de las ordenanzas de los Riegos Viejos tras la conquista, nos informan que los conquistadores encuentran una red perfectamente organizada. No obstante, en las ocho décadas que transcurren desde la ocupación de la ciudad hasta la toma de Granada, el importante papel bélico de Antequera dificultó seriamente el desarrollo agrario, con lo que el sistema de riego debió entrar en un progresivo abandono, de ahí que en 1495 se recuerde “que en os tiempos pasados esta cibdad tuvo algunas ordenanzas que tenía en razón del repartimiento de Alcañal de regar agua para panes e viñas e huertos que esta cibdad tenía y tiene en sus términos e se perdieron, como quiera que mucha parte de ellas por memoria de ombres antiguos se ha llegado a saber” (MORENO, 1996) refiere a que se saque traslado de las de Murcia. Es decir, aún reconociendo que existieron unas viejas ordenanzas, se solicita a la corona la transposición en Antequera de las de Murcia, otra fértil vega que había mantenido la continuidad del uso. El responsable de su regulación y de hacer “aderezar las acequias” era el alcalde del agua.

La Edad Moderna

Durante el siglo XV, al encontrarse Antequera supeditada a las actividades bélicas, la intensa labor realizada de reorganización catastral, de las infraestructuras agrícolas y ganaderas, así como de la red caminera, apenas sirvió para un precario mantenimiento de la ciudad, con una población que no alcanza los 3 000 habitantes; sin embargo, a partir del siglo siguiente, y hasta la segunda parte del siglo XVIII, va a fructificar en una continua expansión, hasta alcanzar los 23 000 habitantes, lo que coloca a la ciudad en los primeros puestos entre las andaluzas. A diferencia de otros casos, el esplendor de la Antequera barroca supera en mucho a la precedente ciudad islámica, y sólo encuentra su parangón en la riqueza adquirida por la comarca en época romana.

El *Catastro de Ensenada*, a mediados del siglo XVIII, nos permite una detallada visión de las potencialidades del municipio. Los privilegiados recursos naturales e históricos del entorno han podido ser utilizados para lograr un cierto equilibrio entre agricultura, ganadería, industria artesanal y comercio, una base sobre la que se soporta un rico florecimiento cultural.

En cuanto a la organización catastral, se asiste a un progresivo aumento de la gran propiedad a costa de los propietarios menores y de las reservas comunales, un proceso que culminará con las desamortizaciones decimonónicas. Se trata de una aristocracia tanto civil como religiosa, que manifiesta su poderío en los palacios y conventos urbanos y en los ricos cortijos dispersos por el municipio. La dehesa comunal de la Peña de los Enamorados pasa a ser la sede de un nuevo marquesado de igual nombre. Las infraestructuras de regadío, los antiguos Riegos Viejos, reciben un nuevo impulso y así conocemos que en 1765 el citado Marqués de la Peña reconstruye la presa situada en sus dominios y reorganiza las acequias del Partido de Serrato (MATA, 1977), por lo que es posible que la notable perfección geométrica del catastro de esta zona provenga de esta actuación encuadrada en los ideales ilustrados.

El catastro nos informa con detalle de unos cultivos agrarios presididos por la tríada mediterránea de los panes, los olivos y las vides, pero donde también abunda la huerta y el arbolado, junto con el cáñamo, el lino y el zumaque. Al arbolado de encinas y quejigos de secano corresponde en el ruedo de regadío el de frutales: nogales, granados, membrillos, ciruelos, cerezos e higue-

015. Polígono industrial en el entorno de la carretera de Archidona / Imagen: José Ramón Menéndez de Lurca

016. Conjunto Arqueológico y Peña de los Enamorados / Imagen: Ikarum. Fuente: Conjunto Arqueológico Dólmenes de Antequera



ras, que se alinean a lo largo de los bordes de las parcelas, como los chopos, álamos y fresnos lo hacen a lo largo de arroyos y acequias. Es interesante la referencia a los plantíos de moreras, base de una industria sedera que continúa una tradición de tiempos islámicos. Los cultivadores agrarios se agrupan en la ciudad y en sus aldeas, pero también en las caserías dispuestas por el ruedo y en los cortijos del secano.

Los rebaños de ovejas proporcionan lana abundante que, como en el resto del reino, constituye la base exportadora al exterior, pero aquí también impulsan una importante industria de tejidos y curtidos que otorga una cierta especialización industrial a la ciudad. Probablemente sea esa pujanza del artesanado urbano, y el asentamiento de comerciantes internacionales que aprovechan la estratégica posición de la ciudad, lo que permita a Antequera constituir una excepción en la crisis generalizada que afecta a todo el reino en el siglo XVII y comienzos del XVIII, y que explica esa pujanza del barroco que la caracteriza.

La red de cauces fluviales de la Vega permite el aprovechamiento de la energía hidráulica, con una proliferación de batanes y molinos de aceite, harina, zumaque y papel, en los que se apoya la mencionada industria artesanal. Algunos de estos artificios, que en ocasiones ocupan el lugar de antiguos molinos de origen medieval, serán transformados a partir de la segunda mitad del siglo XIX en fábricas de tejidos, que constituyen la base de un resurgimiento industrial de la ciudad, continuada durante el primer cuarto del siglo XX. Todo ese conjunto de construcciones hidráulicas, junto con los azudes que las alimentan y la red de acequias, constituye hoy un importante patrimonio de arqueología industrial e infraestructural.

Durante el siglo XIX la estratégica posición de la ciudad, como clave de las comunicaciones del puerto de Málaga hacia el interior, la hace participar tempranamente en el desarrollo de la red ferroviaria como cruce de dos importantes líneas que unen Málaga con Córdoba y Granada, un cruce que se produce en las proximidades de la aldea de Bobadilla, a cierta distancia de la

ciudad, lo que vuelve a incidir en la vieja tendencia a una organización policéntrica del territorio. Otra característica a reseñar es que el trazado respeta la integridad de la vega antequerana; en el caso del ferrocarril de Córdoba, por su lejanía, y en el de Granada, por seguir el trazado de viejos caminos que bordean la Vega por el límite del antiguo ejido de la ciudad.

Los planes de futuro

Después de un período estacionario de la ciudad a lo largo de la segunda parte del siglo XX, a fines del siglo y principios del XXI, el papel de núcleo de comunicaciones que había resurgido tantas veces a lo largo de la historia adquiere un nuevo e inusitado auge. El entorno de la ciudad se convierte en un nudo de autovías, primero, y del tren de alta velocidad después, junto con propuestas aeroportuarias. En el caso de las autovías, su superposición sobre la red de cañadas, como se venía procediendo desde el siglo XIX con el trazado de la red de carreteras, quizás fomentado por la facilidad de evitar cargas expropiatorias, ha propiciado, aún a costa de la pérdida de esos viejos corredores ecológicos, el que los vehículos, como antes los ganados, eviten el atravesamiento del ruedo. Por lo que respecta al trazado ferroviario, si bien la línea de Córdoba-Málaga ha repetido la posición excéntrica del antiguo trazado, para la proyectada línea de Granada, debido a la proximidad urbana de la línea precedente, unido a la dificultad que ofrece su paso por la garganta de Las Angosturas, se baraja una posible alternativa sobre la Vega, algo que habían cuidadosamente evitado las infraestructuras hasta entonces realizadas.

El papel de centralidad adquirido por el municipio como nudo de nuevas infraestructuras ha impulsado la expansión urbana en todos los ámbitos, pero especialmente por lo que respecta al suelo industrial y de almacenaje. El planeamiento hasta ahora realizado ha procurado preservar la tendencia histórica al crecimiento en el área colinar hacia los flancos oriental y occidental de la ciudad. La expansión industrial, si bien ocupa la zona baja,

en un área de predominio de la gran propiedad señorial, a lo largo de la carretera de Archidona y Granada, al mantenerse al sur de la línea ferroviaria, no interfería sobre la relación entre la ciudad y el ámbito de los dólmenes con la Peña de los Enamorados. Menos afortunada resulta la localización del polígono logístico en el nudo de autovías hacia Málaga, Córdoba y Granada en una “L” que rodea el gran asentamiento calcolítico de El Perezón.

La tímida expansión hacia la Vega se produce con la creación de un vial de ronda por el costado meridional del ferrocarril, con lo que se da lugar a una banda residencial entre el vial y el cerro de la Cruz. El exiguo espacio creado no parece justificar tal decisión, teniendo en cuenta las consecuencias ocasionadas por la intervención sobre un territorio tan delicado. Se han ocasionado conflictos de difícil resolución, como son la interferencia con la magnífica villa romana de La Estación, o el corte del área arqueológica de los dólmenes respecto a la Vega y el espacio del cementerio.

Mayores problemas, en cuanto a la preservación de la Vega, plantean las nuevas expansiones urbanas que ahora se contemplan. Ya se ha aludido al conflicto que representa el posible trazado del AVE Antequera-Granada, pero ese conflicto se agrava al servir el trazado ferroviario como límite de una expansión urbana, de carácter residencial, en el entorno urbano e industrial en el ámbito de la Peña de los Enamorados. Dicha expansión resulta especialmente nociva; en primer lugar, en cuanto afecta al ámbito de los Riegos Viejos, más intervenido históricamente por su proximidad a la ciudad. Se trata de la zona de las acequias del río de la Villa: Alta, Baja y de Enmedio, que hemos visto repetidamente citadas desde el primer Repartimiento, un área ocupada por importantes villas y necrópolis de época romana. En segundo lugar, por cuanto supondría el definitivo aislamiento del área arqueológica de los dólmenes respecto a la Vega y la Peña de Los Enamorados, una relación que representa la auténtica razón de ser de su creación y resulta imprescindible para su entendimiento.

La prevista reconversión del espacio arqueológico en una isleta urbana se acentúa si consideramos otra serie de actuaciones

menores previstas, como son la creación de un nuevo espacio comercial en su flanco oriental, entre el asentamiento arqueológico del cerro de Marimacho y el río de la Villa, y la reserva de una nueva estación de servicio en el lado occidental, en el triángulo conformado por la ronda el cementerio y el espacio arqueológico. Esta última actuación, junto con la potenciación de la nueva vía de tráfico que une la ciudad con la ronda, consuma la separación del conjunto que conformaban el atractivo cementerio decimonónico y el monumental espacio sepulcral megalítico. Todas estas acciones se sumarían al impacto ocasionado por la construcción de la gasolinera y el concesionario de automóviles anejo, que actúan como una pantalla que ocultan la visión de los dólmenes desde la salida del centro histórico por el antiguo camino de la calle de La Carrera.

Otras actuaciones previstas que presentan similares características son la expansión del área logística sobre la colina de El Perezón, en la que se ha detectado un excepcional asentamiento calcolítico, que pudo haber justificado la erección de los monumentos sepulcrales antequeranos, y el desarrollo urbano en torno a la carretera de Córdoba, reconvertido en eje de comunicación de la ciudad con la prevista zona de aeropuerto al norte del municipio. Esta última franja de desarrollo urbano crearía una barrera que escindiría en dos mitades la continuidad del plano de la Vega.

La biografía del territorio antequerano que hemos intentado describir a grandes rasgos en las líneas precedentes pretende ofrecer una visión vital del patrimonio cultural. Un patrimonio entendido como un proceso en continua transformación, cuyas claves más profundas debemos intentar de comprender si queremos insertar las nuevas actuaciones en ese proyecto abierto, sin violentar las aportaciones más valiosas acumuladas sobre un excepcional enclave natural por las generaciones precedentes.

El recorrido se ha comenzado a partir del inicio de la construcción territorial por la señalización monumental de los constructores megalíticos, un comienzo que ha fijado para las culturas sucesivas una interpretación del sitio y de los recursos de su

paisaje. Una interpretación en la que el papel protagonista como soporte de la vitalidad del ámbito lo adquiere la llanura agrícola de la Vega.

Hemos visto cómo esta primera señalización encuentra un desarrollo como construcción acabada por la civilización romana, que potencia la accesibilidad del lugar insertándolo como nudo de comunicaciones en los grandes itinerarios de calzadas, organiza el espacio de la Vega mediante su catastración e irrigación presidida por espléndidas villas rústicas, a la vez que dispone un espacio urbano policéntrico sobre el anfiteatro de colinas que rodean el ruedo.

El esfuerzo de elaboración agraria de la Vega y su sistema de irrigación adquiere un renovado vigor en el largo periodo ocupado por la civilización islámica. Más tarde, tras la reconquista, asistimos a la transformación territorial ejercida a lo largo de la Edad Moderna por los nuevos conquistadores, en la búsqueda de un equilibrio entre la herencia agraria recibida y la nueva cultura ganadera canalizada a través de la red de vías pecuarias, realengas en la denominación local. Dicho equilibrio indujo el desarrollo de un rico artesanado y comercio urbano, cuyo brillante resultado sería la magnífica ciudad barroca. Las iniciativas industriales de época contemporánea han sabido dar continuidad a aquel artesanado. Por último, en el momento presente, toda esa herencia acumulada se manifiesta en la preservación de unos valores paisajísticos excepcionales y una rica herencia patrimonial, creada como reelaboración humana del paisaje, que coloca a la ciudad en una posición sumamente ventajosa para sacar partido de su posición clave en la nueva organización territorial andaluza, como nudo de los nuevos sistemas viarios.

El amplio horizonte histórico que hemos contemplado nos debe hacer conscientes de la importancia de los procesos de largo alcance y de la armonía entre construcción y naturaleza adquirida tras tan largo aprendizaje. Conscientes de dicha herencia, debemos ser capaces de evitar que las premuras y urgencias pro-

pias del momento actual acaben por someter un bien de uso milenario a las demandas propias del consumo inmediato, sin sensibilidad alguna para las consecuencias de su destrucción. A este respecto, iniciativas como la creación del nuevo Centro de Interpretación de la Prehistoria de Andalucía en el Conjunto Arqueológico Dólmenes de Antequera deberían servir para focalizar la protección del ámbito oriental de la Vega presidido por la Peña de los Enamorados. La protección del ámbito occidental debería asignarse, de un modo similar, a la potenciación del conjunto arqueológico de la ciudad romana de Singilia Barba. Por último, el propio casco histórico de Antequera actuaría como referente del barroco andaluz. De tal forma, se le daría una visión territorial a la puesta en valor de tres momentos estelares en la historia de la ciudad.

Debemos ser capaces de introducir una nueva perspectiva en la que la herencia patrimonial no sea contemplada como un estorbo al nuevo desarrollo, al que es preciso resignarse. Por el contrario, debemos entender el patrimonio no como un interminable catálogo de impedimentos, sino como un sistema integral impulsador de nuevas iniciativas. Lo que aquí nos proponemos señalar es que, con independencia de las oportunidades económicas que el disfrute turístico de dicho patrimonio pueda aportar a la ciudad, su mayor valor radica en las claves de aprendizaje que aporta para un desarrollo armónico de la actividad humana como transformadora del paisaje, un equilibrio que debe conducir a un mejor disfrute del territorio para sus habitantes.